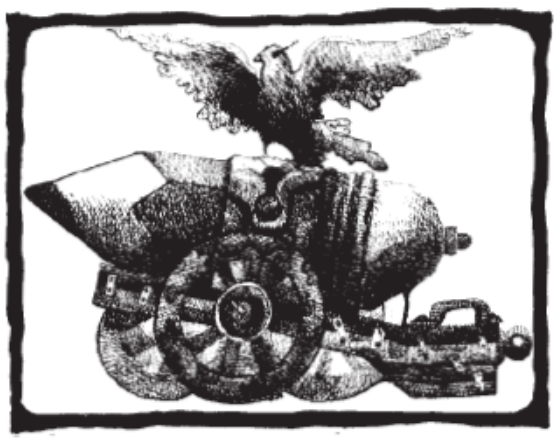
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

NÚMERO

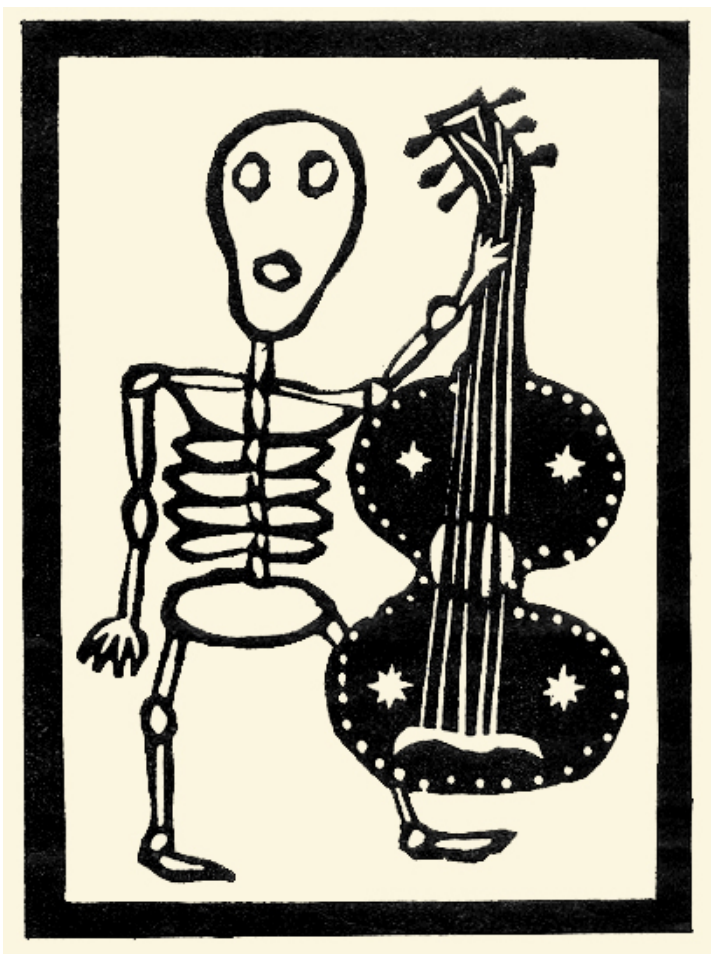
34

Mayo 1996

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

Es necesario crear un lenguaje musical costarricense.
Mario Solera



A continuación, el lector del Suplemento Cultural encontrará la participación de Mario Solera en la mesa redonda denominada ¿Existe una música costarricense?, que se llevo a cabo el día 28 de octubre de 1993.

Yo diría que, si hay una música hecha en un país cualquiera, y está compuesta por una persona nativa de ese país, luego esa música será de ese país; o sea que si aquí han existido compositores costarricenses que han hecho música, luego esa música es costarricense. De manera que la pregunta tal vez no tendría lugar.

Lo que sí es interesante preguntarse es si existe un lenguaje musical costarricense. Ahora, en este nivel haré una separación, que no me gusta realizar en la vida cotidiana, pero que en esta ocasión me parece fundamental que la hagamos: existe una música que está cercana a todos nosotros, que la podemos escuchar, cantar, bailar en cualquier momento, y existe una música frente a la cual tenemos que sentamos con una predisposición a escucharla; es decir, podemos diferenciar entre lo que es una música de tipo popular, y otra para la cual hay que sentarse en un lugar silencioso a escucharla. Yo me referiré a ésta, que es una música a la que llamo música de sala de concierto, y que otros llaman música clásica o música selecta.

Yéndonos hacia los orígenes de este tipo de música, podría decirse que siempre los músicos quisieron hacer una actividad en donde estuviera implicada solamente la música, o sea, que fuera música per se. Partiendo de ese punto, en el renacimiento europeo existía la música para bailar, música para cantar, para actividades religiosas, etc., y había muy poca música para escuchar. Los barrocos europeos logran resolver ese problema creando un lenguaje instrumental; la técnica instrumental que nosotros tenemos en nuestros días en buena parte se debe al desarrollo del lenguaje instrumental de los músicos barrocos. Estos ya empezaron con la idea de hacer

música para ser escuchada. En Inglaterra, a finales del barroco, a un señor de apellido Bunster se le ocurrió la brillante idea de agarrar unos músicos, meterlos en una pequeña sala, cobrar la entrada y vender cerveza adentro; él, sin saberlo, estaba inventando lo que nosotros ahora conocemos como "sala de concierto"; por supuesto, él era empresario y entonces observó que a mayor cantidad de gente que ingresaba a la sala, mayores eran las ganancias, por lo que amplió el espacio; a mayor espacio se ocupaban instrumentos con mayor sonoridad, por lo que fue provocando que los instrumentos en sí cambiaran (los instrumentos del renacimiento y del barroco son de muy poca sonoridad en comparación con los instrumentos románticos y algunos de los instrumentos contemporáneos); de manera que eso también influyó en la construcción y en la técnica de tocar instrumentos. Poco a poco esto fue tomando fuerza y cada vez los compositores se iban emancipando de aquello de hacer música para alguna actividad especial y hacían cada vez más música en sí misma.

En ese quehacer musical, los que tuvieron la batuta durante mucho tiempo fueron los alemanes, por lo que, en un determinado momento de nuestra historia musical, en el siglo pasado, varios compositores de otros países se aburrieron de eso y empezaron a hacer una música que fuera de sus propios países; es lo que ahora nosotros conocemos con nacionalismo; pueden ser catalogadas de nacionalistas algunas obras de Liszt, de Bartók, de Grieg, de Manuel de Falla, de Enrique Granados e, incluso, el mismo Debussy que, aunque no tomó elementos de la música francesa, incorporó una serie de elementos que fueron creando una música netamente francesa; todo esto en contraposición a los alemanes. Ese movimiento nacionalista vino aquí, a América, y se manifestó en todos los países, especialmente en Brasil, Argentina y México, con Heitor Villalobos, Alberto Ginastera y Carlos Chávez; estos fueron compositores nacionalistas, compositores que se inspiraron en lo que en ese momento el pueblo hacía, y lo llevaron a las salas de concierto.

Algo similar sucedió en Costa Rica. Acá se dio el movimiento nacionalista a principios de este siglo. Todos hemos escuchado la "Fantasía Sinfónica" de don Julio Fonseca, y todos hemos escuchado, dentro de esa "Fantasía", canciones que escuchamos o cantamos en algún momento de nuestra infancia. Tal vez hemos escuchado la "Rapsodia Costarricense" de Monestel, que es exactamente el mismo caso de la "Fantasía Sinfónica" y, en fin, hay un sin número de obras, ya sea para orquesta sinfónica, ya sea para banda, en donde estos compositores recogieron todo este acervo musical costarricense y lo llevaron a la sala de concierto.

Hasta ahí podríamos decir que hay una música costarricense, pero no podemos afirmar que hay un lenguaje musical costarricense porque estas obras suenan como cualquier composición romántica europea, lo único que las distingue son las fuentes de las que fueron tomadas las melodías para hacer estas obras. Entonces ¿qué es el lenguaje musical al que me refiero? Yo diría que es un proceso, el cual sigue después de esta etapa de recopilación y llevar a salas de concierto. Este proceso se da en Villalobos, en Ginastera y en Chávez. Ya no es el escuchar el ritmo tradicional tal cual, sino existe una transformación de esos ritmos, de tal manera que a uno le suena a ritmos tradicionales: a un tango, a una chacarera, etc., pero ya no son eso. En la "Fantasía Sinfónica" de Julio Fonseca aparece "Pajarillo Chichiltote" tal como lo canta uno; un lenguaje costarricense seria tomar esos elementos, transformarlos y hacerlos parecer que está sonando "Pajarillo Chichiltote" pero, en el fondo, no está sonando.

Yo creo que hay países en América que han logrado resolver eso muy bien y que, obviamente, nos lleva mucho terreno en este sentido. Pero, ¿qué sucede en Costa Rica con todo esto? Costa Rica pienso que se quedó en la primera etapa: en la que los compositores (José Daniel Zúñiga, Roberto Cantillano y Julio Fonseca en los años 30) van a Guanacaste para hacer una gran recopilación de obras, traerlas a la meseta central y empezar a orquestarlas ya sea para banda, ya sea para orquesta sinfónica. Se venía gestando una especie de lenguaje musical costarricense, el cual creo que definitivamente fue truncado muy severamente por la reforma musical de los años 70 de la Sinfónica Nacional. Se puede pensar que es una herejía decir que la nueva Sinfónica y el plan de la Sinfónica Juvenil, más que beneficiar al país musicalmente, lo echaron unos cincuenta o sesenta años para atrás. Pero así fue. ¿Por qué? Porque el quitar a todos esos músicos, el traer músicos extranjeros (que, por otra parte, vinieron para hacer su labor y la hicieron muy bien) que no estaban comprometidos con nuestro acervo musical, lo que se hizo fue desviar esa evolución hacia la formación de músicos instrumentistas, a los cuales se les enfatizó el nivel técnico. Son muy buenos músicos instrumentistas a nivel técnico. Pero nada más. Este tipo de músicos (con buen nivel técnico) llegaron a considerar que la música costarricense no servía. Valga como ilustración el siguiente ejemplo: hace unos seis o siete años en la Escuela de Música, en donde yo estudiaba, había una hija de don Jesús Bonilla estudiando pedagogía, y en aquel momento Agustín Cullel era profesor de la Escuela y director de la Orquesta Sinfónica Nacional; por aquel entonces don Jesús estaba componiendo una sinfonía, su única sinfonía, y le pidió a su hija que le mostrara a don Agustín la partitura, para que diera una opinión. Y en efecto, así lo hizo y al tiempo don Agustín le devolvió la música y le dijo "mire, la sinfonía está muy linda, el tercer movimiento es una maravilla, es una obra genial, una joyita, ojalá que algún día se pueda estrenar". Tiempo después Agustín se fue del país y vino Elbert Lechtman, quien se enteró de esta sinfonía y decidió estrenarla; pero Lechtman no duró mucho en el puesto, y lo sustituyó una comisión de la Sinfónica, la cual revisó la programación y consideró que la obra de Bonilla no tenía los requisitos para ser tocada por la Sinfónica Nacional.

Y allí se quedó don Jesús con su sinfonía. Probablemente ésta no se compare ni con la primera de Beethoven en cuanto a calidad, si es que hay que compararla con algo. pero es nuestra sinfonía y si no la toca la Sinfonía Nacional, quién la va a tocar.

Tenemos, por otro lado, que hace dos años que nuestra querida Sinfónica Nacional graba un disco, maravilloso disco, en donde está, entre otras obras, "La Patética" de Tchaikovsky. Desde un punto de vista comercial es una soberana tontería grabar eso, porque si yo soy comprador de discos y voy a una tienda y me encuentro con la Orquesta Sinfónica de Costa Rica grabado por INDICA, y a la par está la Deutche Gramofon con la Filarmónica de Berlín, ¡por favor!, ¿cuál voy a comprar? Obviamente la

Filarmónica de Berlín, por más barato que sea el de Costa Rica. Cualquier persona en este mundo haría eso, a no ser que alguno por curiosidad quiera saber cómo suena una orquesta aquí en el Tercer Mundo y cree que a lo mejor tiene un poquito de sabor tropical "La Patética". O sea, que desde el punto de vista comercial es una soberana tontería. ¿Por qué diantres no grabaron música siquiera de América Latina: por qué no grabaron a Ginastera, a Chávez u otro? ¿Por qué no grabaron algo de Costa Rica? Desde un punto de vista comercial es mejor que la gente diga "voy a comprar algo de Ginastera interpretado por alguien de por esa zona". Y esa deformación estoy convencido de que la produjo esa reforma; esta nueva generación de músicos nació sin conocer la tradición musical costarricense y, lo que es peor, fue formada sobre una falsa información de que esa tradición no sirve, de que lo único bueno es lo que nos viene del Norte, que técnicamente eso es lo único que nos interesa, y hay que tocarlo y que lo demás, ni siquiera lo de América en general, no funciona, que eso no es importante.

Entonces esa segunda etapa, ese seguir elaborando esa música definitivamente no se da. Dichosamente siempre hay locos, y ya han empezado a haber ciertos locos por acá, que nos hemos interesado en esa tradición musical, que hemos empezado a escuchar otro tipo de cosas, que aunque pertenecemos a esa generación, en alguna manera nos hemos llegado a dar cuenta que había todo un proceso que se venía gestando, que no llegamos a elaborar un lenguaje musical, pero que está en proceso, y que tal vez de aquí a unos cien años, si seguimos en eso, y si nos dan pelota, tal vez podemos convencer a la gente que siga componiendo por ese lado.

Por ahí hemos encontrado entre los nuevos valores de la composición costarricense algunas cosas rarísimas y espantosas, muy del Norte. Y siempre que yo veo alguna cosa de esas me acuerdo de una frase de Alejo Carpentier de la "Historia de la Música en Cuba", que dice que él no se explica cómo diablos los compositores cubanos escriben cosas dodecafónicas y de ese tipo si eso no es del trópico; que el trópico es otra cosa. Y tiene razón: hay que buscar lo que es nuestro. Pero algunos otros compositores ya se han alejado de esto; tengo en mente algunas obras de Alejandro Cardona, de Luis Diego Herra (que ya está cambiando luego de componer cosas muy europeas tras volver de allá) y otros más. De manera que yo creo que la mentalidad va cambiando. En la Escuela de Música de la Universidad de Costa Rica se está insistiendo cada vez más en volver los ojos a lo nuestro, en investigar, interpretar, escuchar, tocar lo nuestro que, al fin de cuentas, si nosotros no lo tocamos nadie lo tocara.

Creo que en nuestros días esta nueva actitud va permeando, va calando y, por ello, termino muy optimistamente porque, si seguimos por ese camino, vamos a recuperar todo lo que perdimos, todo lo que retrocedimos, y vamos a seguir en la búsqueda y en la creación de un lenguaje musical costarricense que, para contestar a la pregunta que se plantea esta mesa redonda, en este momento aún no lo hay, pero sí creo que está en vías de formarse.

Travesía por Belice hacia Bacalar, Quintana Roo, México. Carlos Rene García Escobar



Invitados por el escritor beliceño David Ruiz Puga a participar en un encuentro de Escritores, en el marco del Festival de Cultura del Caribe, organizado por el Estado mexicano de Quintana Roo,

el escritor Max Araujo y quien escribe dispusimos realizar un viaje hasta la ciudad de Bacalar, cercana a la ciudad de Chetumal, capital de ese Estado, atravesando por vía terrestre la hermana república caribeña de Belice, en la cual nunca antes habíamos estado.

De modo que reunimos todo lo necesario para el viaje y volamos hasta Flores, en el Peten guatemalteco, primer destino de nuestro viaje; también nuestra primer sorpresa, pues la primera vez que pisábamos tierras peteneras. No nos sería dado conocer la isla de Flores sino hasta nuestro regreso, aunque sí pudimos llevarnos una inicial impresión de los habitantes peteneros en los poblados de Santa Elena y San Benito que, a diferencia de los pueblos del altiplano guatemalteco, no ofrecen una estructura centenaria; acá lo que se ofrece a los ojos del visitante son poblados formados al azar por la masiva y continua inmigración.

Nuestro objetivo inmediato era salir de Santa Elena y dirigimos hacia la frontera, hacia la ciudad de Melchor de Meneos, por lo que en el típico y peculiar mercado popular abordamos un bus extraurbano que en dos horas y media nos condujo hacia allí por un polvoso camino de terracería. Melchor de Meneos también esperaría nuestro regreso para poderla disfrutar con tiempo.

Los trámites aduanales fueron precisos (los guatemaltecos no necesitan visa para entrar a Belice) y, de pronto, estábamos en Benque Viejo, pueblo fronterizo de donde es originario Ruiz Puga.

Los amigos Pany y Martha propietarios del hotel Woodlands Resort nos atendieron muy bien, y mientras esperábamos a que David nos llegara a recibir nos dedicamos a observar la infraestructura de Benque Viejo, población a la que llegó, en los años sesenta, el presidente guatemalteco Idígoras Fuentes, con pretensiones de reconquistar Belice. Arquitectura anglocaribeña (casas de madera, altillo y techo de dos aguas), con amplios patios traseros, calles con nombres ingleses y muchos sitios baldíos alrededor de la población. Circundando la población corre el río Fayabón, que le dio originalmente nombre a la población: Old Bank (banco -ribera- viejo), traducido al español por sus antiguos habitantes como Banco Viejo, que por su pronunciación en inglés fue apocopado Benque -benk- Viejo y que, finalmente, se convierte en personaje como "río viejo" en la novela «Got seif de Cuin» de Ruiz Puga.
Por la tarde de ese día asistimos, invitados por Puga, a presenciar la "Spanish evening", que los estudiantes de otro poblado cercano, San Ignacio, adolescentes de nivel básico dirigidos por una maestra colombiana, prepararon con meses de anticipación para ese día.

La presentación consistía en grupos de jóvenes de ambos sexos, que presentaban una estampa de un país latinoamericano ilustrada con datos científicos y con varias expresiones populares tradicionales como una danza típica, la música y su culinaria. En el mismo, Ruiz Puga era jurado. Se trataba de entrenar a los educandos en la correcta sintaxis y pronunciación del idioma español el cual, en Belice, es segundo idioma y se pronuncia muy curiosamente. Nos llamó la atención el hecho que tales adolescentes eran en su mayoría nacidos en Belice de padres inmigrados (refugiados o no) guatemaltecos y salvadoreños. En ellos era evidente su endocultura anglofílica, con claras influencias neoyorquinas en el vestir, caminar y hablar. Por la noche, ya de regreso a Benque Viejo, cenamos con nuevos amigos presentados por Ruiz Puga, quienes forman la Asociación Cultural de la población, entre ellos el amigo Julio C. Alvarado, su presidente. También el museo que ellos tienen montado allí esperaría nuestro regreso.

Al día siguiente, muy de madrugada, abordamos todos el bus que nos

transportó a Belmopán, la nueva capital de Belice, de donde partimos tras un breve descanso hacia la ciudad de Belice, a orillas del mar. Durante todo el trayecto no nos abandonaría el paisaje de estepas verdes de vegetación tropical, generalmente manglares.

La ciudad de Belice aún conserva su personalidad de gran ciudad colonial inglesa. Sus principales construcciones - los edificios de gobierno- y las zonas residenciales guardan ese atractivo anglocaribeño inconfundible. La población angloparlante también habla español, por lo que a un visitante hispanoparlante no le es difícil desenvolverse entre un inglés oficial y un spanglish popular. Sin embargo, nos dimos cuenta que el "beliceño criollo" es anglófono de preferencia, y rechaza todo aquello que suene a idioma español y, ya no digamos, guatemalteco. Ciudad porteña por antonomasia, posee canales que desaguan al mar, especialmente en épocas lluviosas, y barcazas por todos lados.

Hicimos el viaje a Chetumal en un bus de primera clase. El paisaje fue el mismo. La ciudad de Orange Walk se nos presentó, al igual que Corozal, tranquila, como una enorme ciudad costeña y solariega. Nuevamente los trámites aduanales fueron normales a nuestra salida del país y, así, arribamos hasta Chetumal a través de un paisaje que varió totalmente, pues de una región típicamente inglesa pasamos a otra de características hispanoamericanas. Nos encontrábamos ya en suelo quintanarroense, mexicano.

Nuestro destino final era la ciudad de Bacalar, y hacia allí transbordamos el bus. Cuando llegamos, el encuentro de literatos estaba en su fase final, lo cual no fue impedimento para que nos recibieran con los brazos abiertos: el presidente de la Asociación de Escritores de Quintana Roo, el presidente de la Asociación de Escritores de Cuba y el director-administrador de la Casa Internacional del Escritor de la ciudad de Bacalar, el laureado poeta con el Premio Nacional de Poesía "Jaime Sabines" 1991, Ramón Iván Suárez Caamal, muy conocido por sus numerosos talleres de poesía realizados en ese Estado.

Esta Casa Internacional del Escritor, fundada en 1990, está situada frente a una hermosa laguna que le da su nombre a la ciudad, y que se caracteriza por tener siete colores distintos en su superficie. Construida en bungalows con cuatro habitaciones dobles cada uno, posee en su estructura central un comedor y cocina frente a sus amplios jardines, un auditorio, oficinas y un estudio-biblioteca amplio y cómodo. Todo allí respira comodidad, tranquilidad y ambiente para que los escritores ejerzan su solitario oficio.

Ese mismo día por la noche viajamos a la ciudad de Chetumal para asistir a la clausura del V Festival de Cultura del Caribe, al cual asistieron grupos de danza y teatro de Jamaica, Nicaragua, Puerto Rico, Belice, Panamá, Trinidad y Tobago, Cuba, Venezuela, Barbados y República Dominicana. La clausura fue fenomenal. Allí estaban los grupos de danza de cada país caribeño representando sus danzas tradicionales, hasta las cuatro de la mañana del domingo 26 de noviembre de 1995, cuando se despidieron y partieron hacia Cancún para ofrecer por la noche una última presentación.

Por nuestra parte, nos despedimos el domingo por la mañana de nuestros amigos quintanarroenses y emprendimos el regreso a Benque Viejo. Sin problemas en el viaje de regreso,pudimos dar una vuelta por la ciudad colonial de Belice y su malecón. También pudimos observar el paisaje que va de la ciudad de Belmopán a Benque Viejo, el cual ofrece, en mi opinión las más bellas panorámicas de ese sector de Belice.

Ya en Benque Viejo, la familia de David Ruiz Puga, sus padres y su hermana Carmita (antropóloga graduada en la Universidad de San Carlos de Guatemala), nos ofrecieron una cena con exquisiteces lugareñas, e hicimos una inolvidable sobremesa intercambiando mutuas impresiones sobre nuestros países; al final de la velada hicimos una visita al museo local, que la Asociación Cultural de Benque Viejo posee en el primer nivel de la residencia del escritor Ruiz Puga. Allí se resguardan objetos antiguos, cuadros, imágenes religiosas, libros, muestras geológicas, artesanías tradicionales, máquinas de coser, planchas y, en fin, todo aquello que muestra la cultura y la antigüedad de la población.

Al día siguiente, muy temprano, continuamos camino hacia Melchor de Meneos y Flores, en Guatemala. Es decepcionante el estado de abandono en el que se encuentran estas poblaciones. Una calzada nueva no soluciona el aspecto pobre de la primera y de las aldeas en todo el trayecto de su polvosa carretera hasta Flores. Incluso es sabido que se dan frecuentes asaltos en un lugar llamado Bajo del Venado. Lo único que compensa el desolador paisaje que es presa de la deforestación y la abundancia de potreros, es la laguna de Yaxha y sus lagunetas.

Llegamos a Flores hacia el mediodía e inmediatamente salimos a visitar la isla y a almorzar en uno de sus restaurantes. No cabe duda que la visión del lago es hermosa desde cualquier parte; las terrazas y los techos pintados de rojo óxido le imprimen un aspecto muy pintoresco. Dos ingenieros amigos nos ofrecieron un paseo por Santa Elena y San Benito, el cual solamente reforzó mi primera impresión sobre estas poblaciones. Luego de largas conversaciones sobre la situación del Petén llegamos a la conclusión que esta región clama por un gran esfuerzo, que pueda salvar sus inmensas riquezas naturales y culturales. En mi caso, nunca había visitado lo poco que esta vez conocí de ese departamento, pero sentí que nada había cambiado desde que tuve noticias suyas a través de mis lecturas en los años sesenta y setenta.

En cuanto a Belice, quisiera acotar mi

agradable impresión sobre sus tierras que, por lo que vi, aún ofrece garantías a sus habitantes. Sin embargo, pude constatar cierta problemática al interior de su sociedad. Se trata de una sociedad multicultural y multilingüe en la que conviven grupos criollos (población negra de origen colonial anglopariante), mestizos (población de origen indohispano), mayayucatecos (población mopán y mopanhablante), kekchíes (población inmigrada desde Alta Verapaz e Izabal, Guatemala), y un número de 40,000 y 60,000 inmigrantes refugiados guatemaltecos y salvadoreños, respectivamente. En este mosaico todos sobreviven beneficiándose de las aún fértiles tierras beliceñas; los centroamericanos han agregado al tradicional cultivo de caña de azúcar, el maíz, legumbres y verduras en tal cantidad que, se dice, Belice ya no tiene que importar estos productos. Políticamente el nuevo gobierno beliceño, de carácter criollo, representa estos intereses, siendo proclive a la influencia norteamericana y, claro, añora el antiguo poder británico, por lo que lo demás es visto con cierta displicencia peyorativa. Comercialmente, la nación tiende a rendirse a los intereses económicos más fuertes y, según supe, se avecina una avalancha comercial de origen asiático.

En fin, que este fue un viaje maravilloso e intenso. He quedado convidado a regresar por esas costas del Atlántico otra vez, algún otro día.